

El exilio: fin de una época dorada

Julieta Ortiz Gaitán

Si la nostalgia al reconstruir el pasado es un proceso reivindicativo e idealizado, entonces el relato de familia de Carlos Tello Díaz aporta el material y la oportunidad para realizar, desde una óptica crítica y actual, una revisión de ese fin de siglo porfiriano y sus secuelas en el México postrevolucionario. Revisión, porque claro es que este periodo histórico ha sido analizado con creces y abundantemente, pero dentro de un esquema en el que la Revolución de 1910, así como todos los procesos desencadenados por ella, desempeñan el papel protagónico. Sin embargo, adentrándonos en terrenos casi inexplorados, como aquéllos referentes a la vida privada, se pueden encontrar en este relato ricas vetas que aporten una nueva visión del fenómeno histórico, puesto que, como veremos, no todo fue *¡Viva Villa, hijos del maíz!*

Las grandes convulsiones sociales de carácter bélico estremecen, desde sus cimientos, las complicadas tramas del andamiaje social. Es innegable que un estado de guerra, sea ésta externa o interna, agobia y desgarrar al país que la sufre, con múltiples secuelas de dolor y desventura. La guerra, que en nuestros días parece ensayar modalidades complicadas e interminables, siempre está presente en alguna parte del planeta, atosiga nuestra conciencia desde las pantallas televisivas y se burla de nuestros afanes humanitarios con su risa potente y descarnada, en medio de su atronador cabalgar apocalíptico.

Sujeto histórico decisivo, la guerra cambia pues, el funcionamiento mismo de las sociedades, su destino, su mapa geográfico y político, sus relaciones de dependencia o soberanía, sus lazos de unión con las demás naciones, la estratificación por grupos y la distribución interna de bienes, entre otros factores importantes. Pero no es tan solo eso. La guerra altera —de manera más terrible e inmediata— la vida cotidiana de los pueblos, esa vida que difícilmente puede registrarse en los archivos públicos donde quedan las grandes decisiones políticas, económicas o militares, y que sólo podemos atisbar en la prensa o por las cadenas informativas de los *mass media*, cuando vemos, en medio de una noticia escueta y objetiva,



Ángel Zárraga. *San Sebastián*. Exvoto, óleo/tela, 1910-1912.

la imagen de una mujer que camina de prisa con sus bolsas de la compra, o un niño que juega entre los escombros, o un hombre con su portafolios de trabajo entre la desolación cotidiana.

En México, la Revolución de 1910 ha sido la última sacudida violenta y prolongada que modificó estructuras sociales y formas de vida. Polarizados el poder y la riqueza, el descontento de las mayorías se desbordó al rebasarse todos los límites y todas las tolerancias. Cada quien, desde la visión particular conferida por su lugar en la pirámide social, tomó posición y partido, echó la moneda al aire y asumió los riesgos correspondientes. Unos por decisión propia, otros —tal vez los más— obligados circunstancialmente por la fuerza incontrolable de los acontecimientos. El exilio fue sólo una parte de estas decisiones.

Por otro lado, la Revolución trajo consigo formas y conceptos distintos a los establecidos, que había que asimilar y aprender a aceptar. El fortalecimiento de la incipiente clase media y la irrupción de las mujeres en la vida profesional económicamente activa, son tan solo dos de los múltiples fenómenos propiciados por la contienda. Dentro de una perspectiva global, el cambio funda-

mental preconizado como consecuencia es, finalmente, el surgimiento del México moderno, con las implicaciones de democracia, reivindicación y justicia social plasmadas en el ideal revolucionario y aún lejos de conseguirse en este fin de siglo postmoderno.

Con el relato de familia de Tello Díaz podemos adentrarnos en los vericuetos de la cotidianeidad de dos de las principales familias porfirianas que sufrieron, con la Revolución, la interrupción tajante de sus formas de vida: las familias de Porfirio Díaz y de Joaquín Casasús. A través de los sucesos íntimos y particulares que alteraron sus vidas, nos enteramos de los hechos más trascendentales del devenir histórico del país que, como telón de fondo, enmarcan con su presencia permanente las escenas del relato.

Una versión muy distinta es ésta y muy alejada de las consabidas historias y anécdotas de los nuevos actores revolucionarios: los generales triunfadores, los comerciantes, los oportunistas, los políticos aduladores, los nuevos ricos, los abnegados maestros, los artistas combativos, las valerosas soldaderas, los niños huérfanos... en fin, la gesta heroica, el torbellino arrasador o como la llamara el inclemente Orozco: el más alegre de los carnavales.

En esta otra versión, por el contrario, nos despedimos de la *Belle Époque* mexicana restringida a unas cuantas familias dueñas de tierras, industria y capital, que se vieron forzadas a cambiar sus vidas apacibles, cómodas y holgadas por otras en el exilio, no siempre con la misma suerte y bonanza. El libro de Tello Díaz se refiere precisamente a ese otro acontecer relacionado al grupo dominante que dejó de serlo con la Revolución y que vivió cambios drásticos, exilios, desventuras, peligros, pérdidas y sobras, todo dentro de un denominador común: la interrupción abrupta y definitiva de su *modus vivendi*, de su forma de vida estable y próspera en un país que habrían de perder para siempre, en el exilio o sin él.

Desde la figura central del general Porfirio Díaz, se van entrelazando los hilos de parentesco que conforman la gran drama de esta historia en la cual los protagonistas son hombres y mujeres acostumbrados a la riqueza heredada, a la posición social prominente y todo lo que ello conllevaba en esos años de esplendor dorado: palacios afrancesados en Paseo de la Reforma, quintas de descanso en Tacubaya y Mixcoac, criados, mozos, institutrices y nanas, cuadras de caballos pura sangre atendidas por caballerangos como un tal Emiliano Zapata, cabalgatas en Chapultepec al amanecer, haciendas bo-

yantes y prósperas... muebles, trajes, joyas, viajes, educación refinada... en una palabra, todo *comme il faut*. Hasta que llegó la revolución y tuvieron que dejar sus palacios para emigrar a París, Biarritz y Nueva York, y desde allá enterarse del desarrollo de la contienda en una sucesión de hechos políticos y bélicos atropellados. Y saber también cómo sus casas y fincas eran confiscadas "en nombre de la Revolución" o, si corrían con suerte, que quedaran en manos de un general como Lucio Blanco, quien ocupó la mansión de Joaquín Casasús en la calle de Héroes y que, según cuenta Martín Luis Guzmán "... Del fin inevitable era ya un anuncio lo que se veía en el gran vestíbulo a los pocos días de instalarse ahí el cuerpo de guardia: todo estaba ya sucio y sin lustre, todo estropeado, todo próximo a convertirse en astillas..." Y en astillas se convirtieron, ya que las pocas casas que sobrevivieron fueron destruidas por los sucesivos proyectos modernizadores del México postrevolucionario.

Cuando Horacio Casasús —hijo de don Joaquín— regresó de Europa a la casa de Héroes, no podía dar crédito a lo que veía. Su esposa francesa se echó a llorar y Hora-

cio, con estoico buen ánimo, tomó dos de las recámaras para instalarse y todavía pensó en buscar a Blanco para darle las gracias. Lo más desolador fue la destrucción de la biblioteca, cuyos libros sirvieron para calentar tortillas y café, y cuyo fin fue presidido por una Pallas Atenea inmutable e impasible desde los plafones del salón.

Muchas anécdotas similares narra el relato de Tello Díaz, basadas en archivos particulares, correspondencia de familia y fuentes inéditas. Son anécdotas que demuestran, en ocasiones, el temple de las personas ante la adversidad, su entereza y optimismo, como la decisión de Luz Díaz de Rincón Gallardo de comer tortillas remojadas en agua antes que deshacerse de su cuadra de caballos, o la dignidad de Amada Díaz de la Torre y Mier visitando a su esposo todos los días en Lecumberri, vestida de negro y sin una palabra que queja contra su ex caballerango Emiliano Zapata, causante de la ruina de su marido.

Pero tal vez la fuerza que más presente está a lo largo de estas 414 páginas es la certeza de la finitud de todo lo emprendido por el ser humano, la inevitable caducidad

de las cosas, de las empresas, de las familias, de los afanes y riquezas por muy permanentes que parezcan en un momento dado. Y más si se vive en una época de cambios y transformaciones sociales tan drásticas como la Revolución en México y la Gran Guerra en Europa.

Y si es cierto —como admitía nostálgico el príncipe siciliano— que hay que permitir algunos cambios para que todo siga igual, también es cierto y definitivo que en esos cambios permitidos se pierden para siempre estructuras mucho más frágiles, inasibles y difíciles de clasificar: las pequeñas sutilezas que construyen la vida diaria, que crean la costumbre, las querencias, la comodidad, los afectos, el trabajo y el reposo, las satisfacciones y los fracasos; aquellas cosas íntimas, modestas, particulares, que la Historia a veces pasa de largo pero no puede negar su existencia ni su lugar entrañable en todo lo humano. ♦

Carlos Tello Díaz: *El Exilio. Un relato de familia*, Ed. Cal y Arena, México, 1993. 414 pp.



UNA VENTANA INMENSAS

Antología poética de Alfonso Reyes

Prólogo de
OCTAVIO PAZ

Por fin, una antología legible,
seleccionada por Gerardo Deniz, que
quiere llamar la atención sobre el Reyes
más perdurable: el poeta. Leer sus poemas
es esbozar una sonrisa, recordar el humor
que Reyes nunca olvida.

EDITORIAL VUELTA S.A. DE C.V.
TEL. 554 8810, 554 8811
FAX: 658 0074
PRESIDENTE CARRANZA 210,
COYOACÁN, C.P. 04000
MÉXICO D.F.



N O V E D A D